



**SERMON**  
**para la segunda Dominica de**  
**Adviento.**

Renunciate Joanni quæ audistis, et vidistis.

Anuncia*d* á Juan las cosas que habeis oido y visto.

S. MATEO, CAP. 11, v. 3.

**C**omo en el anterior domingo continúa en este la Iglesia exortandonos á la práctica de las virtudes cristianas, para que por medio de ellas se preparen dignamente nuestras almas á cele-

brar el nacimiento del Redentor como es debido. Desciende hoy al principio de todas ellas y á darnos una verdadera idea de la que es la raiz y principio de toda justificacion, y sin la cual es imposible agradar á Dios. Mas esta idea nos la pone de bulto ante los ojos por medio del ejemplo divino de Jesucristo, y hace ver que la fé verdadera debe precisamente estar apoyada en las buenas obras. Este es el intento de la Iglesia y del Evangelio.

El Bautista San Juan estaba ya preso en la cárcel por el odio que tenia Herodes á la verdad, y por la inmunda y desvergonzada lascivia de Herodías; y su alma que ardia en un volcán de amor á Dios, que es la verdad por esencia, queria hacer á todos que participasen de iguales sentimientos. Allí en la cárcel habia oido

las obras portentosas que practicaba Jesucristo, y para que sus discípulos creyesen en él por sus obras y le reconociesen por verdadero Mesías, envió dos de ellos en legacia al Salvador para que le preguntasen si realmente era ó no el enviado de Dios. Jesucristo en lugar de responderles con la palabra les respondió con las obras; se puso á hacer á vista de ellos una multitud de prodigios y milagros, y á seguida les dice: «id y manifestad á Juan lo que habeis oido y visto: *renunciate Joanni quæ audistis, et vidistis*: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos se limpian, los sordos oyen, los muertos resucitan, á los pobres es anunciado el Evangelio: y bienaventurado el que no se escandalizare de mí.»

¿No estais ya observando, Cristianos, el giro uniforme y armonioso de

todo el Evangelio? ¿No advertís la uniformidad de sentimientos de todos los personajes que en él figuran? ¿No veis que todos obran, que todos hacen algo por acreditar su fé, y que todos nos enseñan? Juan en la prision está, sin decirlo, manifestando su valor, su firmeza é imperturbable decision por la verdad: sus dos discípulos van á ver y desengañarse por sí mismos de los testimonios y motivos racionales de su creencia; y Jesucristo da obras en prueba y no palabras, sin embargo que las suyas siempre son de vida eterna y dignas de ser creidas.

¿Qué diferencia tan notable de la conducta de estos maestros de la verdad, y la de los apóstoles del engaño y la mentira! Estos quieren que se les crea sobre su sola palabra, y al efecto emplean muchas, aunque to-

das vacías de sentido; á fuerza de hablar mucho y mentir mas quieren seducir y atraer; pero se guardan muy bien pasar á la prueba de las obras, porque sus obras son malas, dice el Evangelio; sus obras son de tinieblas, aunque ellos se llaman *iluminados, partidarios de las luces, amigos de la inteligencia, de la ilustracion, de los adelantos, y del progreso intelectual.* Palabras no les faltarán, siquiera sean las de los papagayos; pero obras..? ;Qué horror causaria si se las viese! ;Qué contradiccion tan monstruosa! Algunos ejemplos hay ya en el mundo; y qué digo algunos! Lleno está el mundo de su fama, de la mala fama de sus fechorías. Por punto general, en público y en secreto todo cuanto hacen contradice y se opone á lo que dicen; en su diccionario todo se entiende al revés.

No asi en el de los discípulos de la verdad; las obras van delante de las palabras, como la luz va delante del sol, astro luminoso que la produce, porque las obras y las palabras son una misma cosa, á saber, el testimonio de la verdad. Ninguna duda nos deja el Evangelio de este dia: ningun motivo hay tampoco para que nosotros dudemos ya del partido que nos conviene abrazar. Todos obran para probar su fé y su mision: nosotros debemos tambien obrar: los ojos y los oidos son llamados por Jesucristo para dar testimonio de su venida como Mesías verdadero: San Juan los estimuló á lo mismo, á que vean y oigan, y Jesucristo, San Juan y los discípulos nos enseñan y estimulan á nosotros. Preguntados seremos algun dia por nuestra fé; esta pregunta nos la podrán hacer nuestros amigos y

cooreligionarios, es decir, los Cristianos hermanos nuestros para instruirse y aprender, como la hicieron los legados de San Juan al Salvador; y nuestro deber es el de tener de antemano obras preparadas para con ellas darles contestacion. Podrán hacérnosla nuestros contrarios, los enemigos de la Religion y de la fé para perseguirnos: y nosotros tenemos que estar dispuestos como San Juan para contestar á Herodes el *non licet*, y seguirle á la cárcel. Nos la hará en fin, y esto es indudable que sucederá, es tambien de fé; nos la hará nuestro Dios cuando venga realmente segunda vez al mundo como juez, y nuestra propia conveniencia, nuestro interés, nuestra salvacion nos compromete desde ahora á imitar la conducta de los discípulos del Bautista.

Ved ya, señores, el plan que yo voy

á seguir en mi discurso; desde luego advertireis que invierto el órden del Evangelio; porque yo no voy á ir paso á paso hablando de lossucesos por el órden que siguieron en la historia del de hoy: yo prefiero la dignidad de las personas y de los ejemplos. Así vereis lo que nos enseña Jesucristo, lo que nos enseña San Juan y lo que nos enseñan sus discípulos, en tres puntos separados, para que de todos aprendamos á dar pruebas de nuestra fé.

Mas si he de cumplir mi empeño con la dignidad que exige un asunto tan importante, es preciso antes implorar los auxilios de la divina gracia por la intercesion de María Santísima; á quien vamos todos á saludar con reverencia, devocion y confianza, como lo hizo el Angel.

AVE MARIA.

Renunciate Joanni quæ audistis, et vidistis.

*Anunciad á Juan las cosas que habeis oido y visto.*

SAN MATEO, CAP. 11, V. 3.

¿Quién mejor que Jesucristo, que es el autor y consumidor de nuestra fé, segun el Apóstol, puede dar á los Cristianos lecciones prácticas de la misma? Con razon el discípulo Pedro electrizado con las maravillas que veía en su maestro, le decia en una ocasion análoga: «Señor, tú tienes palabras de vida eterna; á quien iremos á aprender, si tú nos desechas?» Y con razon, él mismo, al presenciar

la magnificencia de la gloria de Jesus en el Tabor, exclamaba: Señor, bueno es que nos quedemos aquí para siempre.» Oh! Jesucristo es el camino, la verdad, y la vida; ninguno puede llegar al Padre sino por mí, dijo este mismo Señor al Apóstol San Felipe. Y cuán seguro es que solo en Jesucristo y por Jesucristo podemos conseguir la salvacion, que es el complemento y premio de la fé. Uno es vuestro Maestro, dijo en otra ocasion á sus discípulos, y este es el mismo Señor, como lo aseguró en la cena al concluir de darles la sublime leccion de amor y humildad lavándoles los pies: «Vosotros, dice, me llamais maestro y Señor, y decis bien; porque lo soy seguramente.» En fin, queriendo enseñarnos á todas las grandes y heróicas virtudes, que de ningun otro podiamos aprender, se es-

presa de esta manera: «aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallareis el descanso de vuestras almas; porque mi yugo es suave y mi carga ligera.»

Ahora bien: si los discípulos del Bautista y el Bautista también por medio de ellos, deseaban saber la importante verdad de la divinidad del Mesías, no tenían otro camino más corto que andar, otra medida ó medio más adecuado y seguro que el de preguntar al mismo, pero con mejor espíritu y puras intenciones que los fariseos, que para perderlo también le preguntaban con frecuencia. El Salvador conoció sin duda este bello y laudable espíritu, estas intenciones puras y rectas, cuando por toda respuesta se puso á hacer delante de ellos unos prodigios tan estupendos que solo los podía obrar el poder

omnipotente de la divinidad. Curar los ciegos y hacer que viesen, sanar los sordos para que oyesen, dar agilidad á los cojos para que anduviesen, resucitar los muertos, y anunciar á los pobres el Evangelio: esto solo era propio de la inmensa caridad, poder y sabiduría de Dios; luego Jesús era Dios.

Delante de los discípulos de Juan hizo Jesucristo estos milagros; delante de nosotros los está repitiendo todos los días, todos los momentos; y nuestra fé no se fortalece ni afirma. Y si no, ¿podremos nosotros cuando se nos pregunte sobre ella dar una respuesta con las obras, parecida á la del Salvador? Es seguro que no. Pues entonces no tenemos fé; porque en el Evangelio nos dice este mismo Señor, que si tuviéramos tanta fé siquiera como un grano de mostaza y